



## OBITUARIO

### PROF. FEDERICO ACHAVAL ELENA

(27 de julio de 1941 - 13 de marzo de 2010)

Federico Achaval Elena, Freddy, nació el 27 de julio de 1941. Federico padre, médico, falleció cuando Freddy estaba por entrar en la adolescencia. Su madre, Amanda, mujer de carácter, crió sola sus cuatro hijos.

Si bien Freddy se caracterizó inicialmente por no tomar muy en serio sus estudios, prontamente se interesó en los animales, e ingresó en la entonces Facultad de Humanidades y Ciencias, donde además de cursar algunas materias, colaboró en los Departamentos de Entomología y Zoología Vertebrados desde 1963. Su avidez y amor por la Zoología lo llevó a aprender rápido de los primeros docentes que tuvo la vieja Facultad de Humanidades y Ciencias, con quienes adquirió una invaluable experiencia de laboratorio y campo, que le permitió hacer enormes aportes a las Colecciones, sobre todo de Vertebrados. Entre 1966 y 1976 ocupó un cargo de Ayudante de Zoología Vertebrados, efectivizado por concurso en 1972 y, en 1974, desarrolló una estadía de ocho meses en el Carnegie Museum de Pittsburg, Pennsylvania con Clarence McCoy, quien lo introdujo formalmente en el estudio de la Herpetología. Posteriormente fue Asistente entre 1976 y 1987 y Profesor Adjunto interino entre 1987 y 1991 y efectivo por concurso de oposición y méritos hasta su retiro, en 1999, mientras era Encargado de la Sección Zoología Vertebrados de la Facultad de Ciencias. En 2000, apenas jubilado, fue nombrado Profesor Libre y continuó haciendo sus tareas, asistiendo a la Facultad entre diez y doce horas diarias, como lo hacía antes de su retiro. Esa nueva figura de Profesor Libre le permitió dedicarse aún más a la docencia, fundamentalmente en cursos que tendían a una formación más holística y práctica del zoólogo.

También fue Ayudante de Investigación, Especialista II en Zoología, Jefe de Sección Zoología y Asesor del Museo Nacional de Historia Natural entre 1975 y 1991, año en que renunció y pasó a ser Investigador Asociado, siempre dedicándose a la Herpetología y aportando también material a todas las colecciones.

Si bien formalmente al principio se dedicaba al estudio de los Reptiles, sus conocimientos sobre otros Vertebrados y sobre insectos eran enriquecedores para cualquiera que se acercara con ganas de aprender. Esa amplitud de conocimientos sobre la fauna autóctona le permitió hacer invaluable contribuciones, entre otras, en forma de cursos, en los que fue pionero al enseñar sobre el "Rol del Conocimiento de los Vertebrados en el Manejo de Jardines Zoológicos y Bioterios" o "Manejo de Fauna" o la elaboración de una enorme base de datos de Reptiles y de fauna de Vertebrados, que facilita la búsqueda de material bibliográfico, que él siempre tenía disponible para los colegas. Elaboró las listas de Vertebrados Tetrápodos del Uruguay online, que son material de referencia hasta para organismos gubernamentales y unas 30 publicaciones de divulgación científica. Integró unas 15 comisiones científicas y técnicas, y

corporaciones consultivas y asesoras, varias en la órbita de Ministerios, Intendencias y organismos internacionales y numerosas asesorías. Publicó alrededor de 80 trabajos, dos capítulos de libro y cinco libros en coautoría que han sido elogiados por el invaluable aporte práctico que suponen, uno de ellos, merecedor del premio Nacional de Literatura 2005 del Ministerio de Educación y Cultura, en la categoría Investigación y Difusión Científica. Cooperó en varios trabajos de investigación y difusión a nivel nacional e internacional con material colectado, datos, fotos, etc. Tres nuevas especies le fueron dedicadas, pertenecientes a los géneros *Neotridactylus*, *Telorchis* y *Bufo* (actualmente *Rhinella*). Asistió a más de 70 reuniones científicas en varios países, incluida la India, donde descubrió una filosofía de vida que lo marcó profundamente. Fue, además, socio fundador, entre otras, de la Segunda Época de nuestra querida Sociedad Zoológica del Uruguay; perteneció además a otras 15 sociedades científicas.

Orientó a más de cien estudiantes en trabajos de Pasaje de Curso y Pasantías. En los cursos de Profundización, de los que era el responsable, evitaba la evaluación final en forma de examen, prefiriendo modalidades que contribuyen más a la formación del estudiante, como la elaboración de proyectos, de informes o de trabajos de investigación. Consideraba de suma importancia formar a los futuros Biólogos, más que simplemente orientarlos y lo hacía no sólo en el aspecto académico, sino también y especialmente, en lo humano, volcando en ellos las enseñanzas que supo atesorar de la vida. Era realmente un libro abierto.

No descuidó las tareas del Cogobierno, que integró desde 1966, en la Asociación de Estudiantes de Ciencias. Por el Orden Docente integró el Claustro y varias Comisiones y Delegaciones, además de ADUR, e integró el Consejo por el Orden Egresados.

Yo lo conocí a principios de 1975, cuando ingresé a la Licenciatura, hicimos gran parte de la carrera juntos y trabajamos desde entonces la mayor parte del tiempo en la misma oficina. Dueño de un tesón increíble, él aplicaba su técnica de “todos los días un poquito” a cualquier tarea que acometía, por tediosa que fuera y todo lo sacaba adelante. Con esa constancia unida a su sencillez, en ese entonces acababa de culminar sus estudios secundarios para poder formalizarse como estudiante de la Licenciatura en Ciencias Biológicas, de la que egresamos juntos en 1979. También ingresamos juntos a la Maestría PEDECIBA y defendimos nuestras respectivas tesis en 1997. Recuerdo que toda la formalidad de obtener títulos para él era sólo eso: una formalidad que las prácticas exigían. Para él lo que valía era el SABER, lo demás era “vanidad de vanidades”. Fue un excelente compañero y mentor, que se distinguía por su integridad y fidelidad a sus principios. Achaval fue lo que poca gente es: un caballero.

Era sumamente observador, constantemente descubría pequeñas bellezas que pueden verse en un detalle de una planta o animal. Nunca perdió la capacidad de asombro por la belleza de la naturaleza. No dejaba de observar lo que le rodeaba y todos los días admiraba la puesta de sol o los rayos de sol que se colaban entre las nubes. Si estaba acompañado, compartía sus descubrimientos. Así transmitía a los demás que nunca hay que perder la capacidad de maravillarse y mantener la atención para descubrir todos esos pequeñas milagros que nos rodean diariamente.

Aplicaba también esa sensibilidad observadora a las personas, pero en este caso no era sólo el sentido de la vista la herramienta del análisis: lo que los demás decían y cómo lo decían y todas sus actitudes, le dejaban saber mucho más de lo que el observado hubiera querido revelar. Esta capacidad de conocer a sus semejantes, lo llevaba a captar estados de ánimo no muy evidentes, en personas que no necesariamente se hubieran considerado allegadas a él.

No es fácil encontrar personas como él, alguien sin palabras de más, sin críticas: hombre de tan pocas palabras, que en su juventud fue conocido como El Mudo, generalmente y sobre

todo, en momentos críticos era tremendamente expresivo con la mirada y terminaba comunicando más y mejor que si hubiese hablado. Muchas veces captaba preocupaciones no evidentes en las personas, entonces se acercaba y, sin decir una palabra, transmitía simpatía con una mirada o un gesto, tan expresivos. Era algo muy sutil, le daba a la otra persona la sensación de que estaba apoyada, él discretamente estaba ahí si había necesidad de un consejo, de un hombro. Esa mirada calmaba y confortaba más que mil palabras o abrazos.

Siempre estaba de buen humor y, con entusiasmo motivador, daba palabras de aliento, buscando encontrar siempre el aspecto positivo en todo.

Se fue el 13 de marzo de 2010. Desde hace muchos años decía que había que darle una chance a la muerte y que él “estaba a la orden”: lo decía en serio. Siempre sostuvo que no quería llegar a viejo y dar trabajo. Si bien tenía, desde hace tiempo algunos problemas de salud y el corazón ya le había dado algunos avisos, cada vez que los médicos le decían que se cuidase en las comidas y dejara la sal y los cigarrillos, él lo intentaba por un tiempo, pero como no podía amoldarse, desistía. Él sabía que estaba cambiando tiempo por calidad de vida, pero no estaba dispuesto a sufrir dietas a las que no se adaptaba, ni prescindir de lo que le gustaba. Freddy pudo elegir y tuvo suerte en su elección, vivió y se fue como él quería, le dio una chance a la muerte en su lugar preferido, el Cabo Polonio.

Vivió su vida a su manera y fue un hombre feliz en todo lo posible y fiel a sus principios, trató siempre de hacer las cosas a su mejor entender. Hasta en su despedida nos dejó una lección: la vida no debe ser un viaje hacia la tumba con la intención de llegar sanos y salvos, en un cuerpo sano y bien conservado, sino una carrera al borde de los precipicios, la comida que te guste en una mano y una copa de vino en la otra y gritando: ¡¡Guau qué viajecito!!!

Los que tuvimos el placer y el privilegio de ser sus compañeros, estamos todavía intentando acostumbrarnos a no verlo y cada uno de nosotros conserva sus enseñanzas y lo tiene en un rincón del corazón, junto con los seres más queridos que hemos perdido; seguramente no dejaremos de extrañarlo. Si es cierto que hay algo más después de la vida, será una alegría encontrarnos con ese excelente compañero y mejor Amigo y Maestro.

*Melitta Meneghel*

Foto: Diego Núñez